

EL FENIX,

PERIÓDICO UNIVERSAL, LITERARIO Y PINTORESCO.

En Valencia : 4 números 5 rs.—
12 id. 15.—24 id. 28.—48 id. 54.

Núm. 6. —Tomo 1.º —Domingo 9 de Noviembre de 1845.

En Provincias : 4 números 6 rs.—
12 id. 18.—24 id. 34.—48 id. 66.

HUDSON LOWE.

¡Hudson Lowe! hé aquí un nombre célebre, no por haber ocupado brillantes páginas en la historia militar ó política del mundo, no por haber llamado la atención de los sabios de Europa, sino porque es el último nombre que mas

trañamente pobladas. «Es repugnante, concluye Napoleon, porque su facha es patibularia, y en mi vida he visto otra fisonomía que se le parezca.» Digna era su alma de ocupar aquel cuerpo mezquino, pues á pesar de su esmerada educación no pudo moderar jamás el instinto vil y salvaje, que era el móvil de sus acciones y de sus pensamientos.



figura al lado del gran Napoleon, cuando se le ve morir, cuando se le contempla muerto en su postrer asilo de santa Helena. Hudson Lowe, como tipo del espionaje será un nombre, que la Inglaterra quisiera tal vez borrar del número de sus hijos, pero Napoleon dejó escrito este nombre, y la posteridad no lo podrá olvidar.

Hudson Lowe nació en 1770 en una aldea de Irlanda, de una honrada familia, de quien recibió una educación brillante, pues hablaba diferentes idiomas y poseía una gran copia de conocimientos demasiado positivos para que se dudase de la solidez de sus estudios. Estaba dotado de una memoria prodigiosa, y acaso éste era un don extraordinario con que le había hecho notable la naturaleza. El mismo dice, que era de estatura regular, enjuto de carnes, rojo de semblante y rojo de cabello, el rostro cubierto de numerosas pecas y de una mirada ambigua, incierta y recelosa, que se dejaba apenas percibir por bajo de unas cejas crespas y es-

En 1808 era Hudson Lowe comandante de la isla de Capri, en las aguas de Nápoles, con el grado de teniente coronel, sin que se haya podido averiguar en qué ocupó los treinta y ocho años de su vida anterior. Como cirujano entró en un regimiento de línea en calidad de primer ayudante, y su coronel, reconocido al buen éxito con que le había salvado de una grave enfermedad, le obtuvo una plaza de subteniente. En esta clase sirvió sucesivamente en Gibraltar, en Tolon y en Egipto, sin que figurara su nombre en ningún hecho importante; porque era uno de esos militares que no se baten jamás, ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra. Mientras sirvió en el ejército manejaba con mas facilidad la pluma que la espada, llegando por este medio á obtener la plaza de secretario de una especie de comision que se estableció en Malta. En 1803 fue promovido al grado de mayor del 7.º regimiento de infantería; entonces fue cuando lord Hobart le confió algunas misiones secretas en

Portugal y Cerdeña, y en recompensa se le concedió sin duda el grado de teniente coronel de aquel mismo cuerpo, y despues de haber servido en Nápoles, á las órdenes de sir James Croi, se le confió el mando de cinco compañías en la isla de Capri como gefe de los espías que el gobierno inglés mantenía en aquel país.

Ocupaba esta posición cuando se vió atacado por el general Lamarque, y á pesar de que pudo defenderse en una fortaleza que parecía inexpugnable, capituló vergonzosamente, y este es el único hecho de armas que se puede citar en su vida. Hudson Lowe se conservó, sin embargo, en la gracia de su gobierno, que sabía sacar partido de su misma incapacidad y de sus vicios; porque no parecía sino que el ministerio inglés descubría ya en este soldado sin valor, y en este espía sin inteligencia, un verdugo necesario. En 1813 lo encontramos *escribiendo* de Blucher, como decía Napoleon, y con este carácter entró en Francia, asegurando que sus intrigas habían hecho mas mal al emperador, que si hubiera mandado un ejército formidable. Sus servicios secretos le valieron el grado de coronel, y en 1814 el rango de mayor-general, y el título de *Sir Hudson Lowe*. Durante la invasión de los aliados en Francia, fue Lowe comandante de Marsella, y los realistas de esta ciudad, que formaban la mayoría del consejo municipal, tuvieron la debilidad de ofrecerle una espada de plata en prueba de su reconocimiento.

Pasados los *Cien Dias*, y vencido Napoleon en Waterloo, tuvo el emperador suficiente grandeza de alma para «ponerse voluntariamente bajo la protección del mas poderoso, constante y generoso de sus enemigos;» pero el ministerio inglés perdió la fe británica á bordo del *Belerofonte*. Declarado Napoleon su prisionero, los aliados confiaron su custodia al gobierno de la Gran-Bretaña. Castlereagh y Baturst se hicieron dignos de tomar á su cargo esta misión; y hallaron un instrumento mas digno aun en el carácter de Hudson Lowe, cuando el vencedor de Austerlitz debió ver roto su cetro en los peñascos de santa Helena. Apenas se presentó Lowe á Napoleon, y éste examinó su fisonomía, no pudo contenerse, y exclamó: «Han mandado por gobernador un galeote.» Terrible es efectivamente el cuadro que de la estancia de Napoleon en santa Helena nos presentan las memorias de sus fieles compañeros de infortunio Las Cases, Gourgaud, O'Meara, Montholon y Automarchi; pero mas sombrío se ofrece todavía ese cuadro de alta lección descrito por el mismo augusto prisionero. «Me han asesinado lentamente, decía el emperador, me han asesinado con premeditación, y el infame Hudson ha sido el ejecutor de los bajos proyectos del ministerio inglés. Vosotros concluiréis como la orgullosa república de Venecia; y moribundo yo sobre esta roca erizada, privado de los míos y falto de todo, lego el oprobio y el horror de mi muerte á la familia reinante de Inglaterra.» Yo cumplo con las órdenes de mi gobierno, contestaba únicamente Hudson á las fundadas quejas que se le dirigían de todas partes. Pudo ser severo y grande al mismo tiempo, pero fue atroz y cobarde á la par: si hubiera tenido un poco de corazón hubiera podido responder á su gobierno lo que otro personage respondió en igual ocasión: «Soy el gobernador y no he venido á ser aquí su verdugo.»

Cuando Napoleon exhaló su postrer aliento, Hudson Lowe se retiró á Inglaterra con una fortuna de cuatro millones de francos, y el ministerio le recibió como á un héroe. Llegó sin embargo la hora de la espaciación. Era en el mes de Octubre de 1822 cuando Mr. Las Cases, hallándose en Londres, quiso vengar las injurias personales que había recibido de Lowe. No era fácil encontrarle, porque retirado de la capital no ofrecía ninguna ocasión oportuna. Esta se presentó por fin: acababa de llegar Lowe á su casa, situada en Parddington-Green, cuando sabedor Las Cases de su llegada se trasladó inmediatamente á una casa de huéspedes que

había enfrente, y con la mayor ansiedad esperó que su enemigo saliera á la calle. Lowe salió, con efecto, pocas horas despues, y precipitándose en pos de él Las Cases, con un baston en la mano, y deteniéndole, le dijo con la mayor indignación: «Vos me habeis insultado, caballero, y me debeis una satisfacción;» acompañando estas palabras con un vigoroso palo que descargó en la espalda del ex-gobernador. Pálido y afrentado Lowe volvió la cabeza á este insulto sin mas armas que su paraguas, se arrojó á su vez sobre su contrario, pero prevenido éste le sacudió otro golpe en la cara, y le abrió una profunda herida, cuya cicatriz no se borró jamás. Esta escena atrajo mucha gente al rededor, y aunque por de pronto tomaron la defensa de su compatriota, el joven Las Cases, dirigiéndose á los espectadores, les dijo con la mayor energía: «Este hombre ha insultado á mi padre y le he pedido una satisfacción.» Lowe no respondió en adelante al duelo con que le provocaba su adversario, y esta conducta le atrajo el desprecio universal llegando por ella á perder varios destinos que desempeñaba, y quedándole únicamente la protección del ministerio.

Lowe recorrió despues varias capitales de Europa, huyendo casi siempre del joven Las Cases y recibiendo doquiera los mas insultantes desprecios: poco despues perdió en especulaciones desgraciadas los cuatro millones que había vergonzosamente ganado en santa Helena; su muger le ocasionó profundos y largos disgustos, y reducido casi á la mendicidad no le quedó otro recurso que la paga de retiro de coronel y murió de un ataque apoplético el 10 de Enero del año último 1844. Ha dejado varios hijos, ¡pero lejos de nosotros la idea de hacer recaer sobre ellos tambien la vergüenza de su padre!

Tal es el hombre cuya memoria está tan íntimamente enlazada con los últimos años del que vencedor de la Europa fue á dar en santa Helena una lección importante á los grandes poderes de la tierra.

LITERATURA DRAMÁTICA.

REMITIDO.

Al señor D. Rafael de Carvajal.

El autor de la papeleta que se repartió la semana pasada anunciando el drama de A. Dumas, titulado *Catalina Howard*, ha leído en el *Fenix* de 26 del corriente un artículo impugnando las ideas consignadas en aquel insignificante papel; y si bien al escribirlo, pensó que lo que allí se decía pudiera levantar roncha en la impresionable susceptibilidad de algunos pocos, nunca creyera de tal modo interpretadas sus palabras; nunca que así se diera tormento á sus rectas intenciones, para que partiendo de un principio inexacto ó equivocado, hubiese lugar á escribir un artículo de tres *columnas*, sin contar las que se anuncian *de reserva*. El autor, pues, del escrito en cuestión no entrará desde luego en una polémica tan enojosa como estemporánea; entre otras razones, porque le faltan el talento, el saber y el tiempo, que á su entendido impugnador le sobran. Se limitará únicamente á hacer algunas rectificaciones y á explicar y probar cuanto es objeto de la impugnación: al verificarlo, se propone el doble fin de ahorrar á aquel un trabajo inútil, y restablecer al mismo tiempo la calma en las alarmadas conciencias de los que pretendieran erigirse en celosos mantenedores de la honra, no atacada, de la literatura nacional y extranjera.

Cree el autor del citado anuncio, que las eternas y encarnizadas disputas entre clásicos y románticos, han nacido y

se alimentan principalmente de la torcida inteligencia dada por unos y otros á ambas denominaciones; y al verse designado como uno de los partidarios mas ardientes del romanticismo, le ha parecido ante todo dejar sentado aquí, que lo es únicamente del *buen gusto*, del *talento*, del *genio*, de la *naturalidad*, de la *independencia del pensamiento*, de todo en fin, lo que es *grande y bello*. No saborea los incestos, los adulterios, los puñales ni los venenos, pero admira los grandes medios de que el poeta se vale á veces, por terribles y extraordinarios que parezcan, cuando hábilmente los ve dirigidos á un fin grande, noble ó filosófico. No se horripila de todo esto, como los que viendo quizá con demasiada semejanza retratados sus vicios, sus pasiones ó sus crímenes, declaman hipócritamente contra la inmoralidad de tal espectáculo; empero se indigna contra la nulidad ó la mediocridad que abusando sin talento de aquellos medios mismos, pretenden elevarse á la esfera del genio, realizando solo ridículamente la fábula del Cuervo y el Aguila.

Siendo tales sus ideas, no es exacto por consiguiente que su predilección por *Catalina Howard* llegue al punto que se supone de haber enarbolado una bandera con el lema de *non plus ultra*; la que sigue constantemente lleva escritos los arriba enunciados y además el de *tolerancia*; confía fundadamente en que nunca ni por nadie será abatida. Jamás fue tampoco su intención (¡Dios le libre!) tratar de echar por el suelo ni hacer auto de fe de los grandes maestros de la literatura dramática. La gloria de estos es demasiado grande para que aun velada por la fria niebla del tiempo, deje nunca de resplandecer al lado de las nuevas glorias que se alzarán y de las que brillaron después de ellos. Pero la exageración, los dislates, las inverosimilitudes han sido patrimonio, mas ó menos, de todas las épocas; los defectos inherentes á todas las obras del hombre, comunes á los clásicos y á los románticos, á los antiguos y á los modernos. De *bueno* y de *malo* en todos, la ventaja estará siempre por aquel que mayor número de bellezas y menor de defectos reuniera; y como este número ha de apreciarlo la sociedad, la opinion pública, la mayoría, hé aquí por qué cuando esta concede sus sufragios á una obra, queda como *buen* calificada, no obstante la reprobación de quien quiera que fuere. Hé aquí por qué se ha alabado á *Catalina Howard*, y por qué se ha dicho que solo estas obras arrebatan y atraen. La sociedad, la opinion pública, la mayoría las han juzgado, las conoce, las sabe ya casi de memoria, no va al teatro engañada; y sin embargo acude en tropel y torna otra vez y otra á admirarlas de nuevo: esto es una verdad palpitante, que se siente, se toca, y es menester cerrar los ojos para no verla.

«En esta y otras obras semejantes, decíase en el anuncio, está el talento, la verdad, el genio: en las otras... nada capaz de conmover profundamente el corazón.» Y este párrafo que arrancó trágicas exclamaciones al ilustrado articulista del *Fenix*, merece bien una explicación, siquiera al menos para mitigar su dolor. Dícese, pues, que en aquellas obras á que se hace referencia está el talento, la verdad y el genio, porque mal sin estas dotes hubieran podido adquirir y conservar por tanto tiempo la celebridad y aplauso de que gozan; verdad que sin duda no se negará. Respecto de las otras, unos puntos suspensivos que allí había, no puestos al acaso, no querían negar por cierto que hubiese entre ellas muchísimas de un mérito sublime y que reuniesen aquellas tres cualidades; (¿quién las pudiera negar á los ilustres poetas, á los príncipes de la literatura dramática?) Tampoco dejaba de concederse alguna de ellas y tal cual chispa de ingenio ó de poesía, á muchas composiciones de moderna fecha, que no pudiendo llegar á la altura de las primeras, han marcado un rumbo distinto, sino tan glorioso menos difícil, y pretendido establecer otro derrotero: lo que si se negaba

bien explícitamente á todas era la facultad de conmover profundamente el corazón. Y se negaba esto, porque el teatro camina con el gusto de la época, con los defectos de la sociedad, si se quiere: porque el pueblo de hoy día va á buscar al teatro sensaciones, animación, vida; medita, sabe y quiere saber mas: y no se le entretiene como en otro tiempo con cuentos morales ó romances pastoriles, con académicos discursos ó triviales fábulas. Lope, Tirso, Calderón, Moratin no han luchado no con V. Hugo, Dumas, Soulié y Scribe; no se han retirado tampoco avergonzados de la escena; han ido á ocupar el puesto que la época les señalara, puesto de no menos gloria que el que han dejado; y si bien no tan brillante, de mayor lauro, honor y gerarquía; han pasado de la escena á la biblioteca, de enseñar al pueblo á enseñar á los que enseñan al pueblo.

Ultimamente el autor del humilde escrito impugnado por el *Fenix* necesita repetir aquí que no trata de entablar una polémica en su concepto inútil y sin objeto; porque hechas las aclaraciones anteriores y rectamente entendido el sentido de sus palabras, los fantasmas desaparecen y los escrúpulos quedan desvanecidos. Por lo demás cualquiera que fuese el desacuerdo y predilección sobre tal ó cual género, sobre esta ó aquella escuela, como él deja consignadas sus ideas al principio, y uno de los lemas en su bandera inscriptos es la *tolerancia*, respeta todas las opiniones y tiene derecho á exigir en cambio que la suya lo sea también. Agradece el caritativo consejo de Salustio, *Præsumam incipiam, consulto*, y como lo tuvo presente al escribir el papel que ha dado lugar á la impugnación del *Fenix*, después de las explicaciones dadas termina también con su latinillo corriente, diciendo: *Quod scripsi, scripsi*. *****

CONTESTACION.



ACILMENTE conocerán nuestros lectores que la cuestión ha cambiado de faz en muchos puntos. El comunicante ha hecho importantes aclaraciones, revelándonos todas las ideas que encerraban los cinco puntitos suspensivos que colocó en la célebre papeleta. Confesamos francamente que nunca imaginamos que pudieran decir tan buenas cosas, y sentimos no tener conocimiento con el nigromántico de *Catalina Howard* para que nos hubiera iniciado en el secreto, evitándonos el haber suscitado esta polémica. Efectivamente, indicando los referidos puntos suspensivos que además de *Catalina Howard* y otras obras semejantes, había muchísimas que reunían las tres cualidades de talento, verdad y genio, y además un mérito sublime, se pone el articulista enteramente de acuerdo con nosotros respecto al eminente puesto que deben ocupar los *príncipes de la literatura dramática*, y abandonando el terreno del ataque se coloca en el de la defensa reduciendo la cuestión:

1.º A negar la facultad de conmover profundamente el corazón á todas las obras que no sean parecidas á *Catalina Howard*.
2.º A insistir en la calificación que hizo en la papeleta del mérito de los dramas románticos.
3.º A admirar en *Catalina Howard* y otras obras de su temple los *medios terribles y extraordinarios* de que el autor se vale, para dirigir hábilmente su obra á un fin *grande, noble ó filosófico*.

Contestaremos por partes, y toda vez que las aclaraciones hechas por nuestro entendido contrincante nos liberten de continuar en la defensa de los grandes maestros de la literatura, le seguiremos hasta sus mismas trincheras y allí le presentaremos el combate á que nos brinda con el arrogante *quod scripsi, scripsi*, latin de mucho mérito en materias literarias cuando victoriosamente se sustentan, pero trivial y pobre cuando solo indica tenacidad á falta de razón.

Para probarnos el articulista que solo los dramas románticos conmueven el corazón se apoya en que el teatro camina

con el gusto de la época, con los defectos de la sociedad, y el pueblo ya á él ansioso de sensaciones, de animacion y de vida.

Casi las mismas palabras empleamos nosotros en nuestro anterior artículo para disculpar la asistencia del público á esos espectáculos, pero de ninguna manera le hicimos la injusticia de suponerle tan falto de sentimientos que solo latiese su corazon ante los horrores del romanticismo escénico. No, tan luego como pasaron los primeros efectos de esa escuela, tan luego como recuperado de la primer sorpresa notó el público lo inverosímil de esos cuadros horriblos que se le presentaban, cesó de conmovirse con ellos y halló el ridículo donde habia visto lo sublime y siguió al poeta con el interés y la curiosidad que nos ofrece una novela por mal urdida que esté; lo siguió con la imaginacion sorprendida por lo fantástico de los hechos, pero con el corazon tranquilo y silencioso y reprobando acaso esa misma *animacion* que para producir su efecto todo lo desgarró, todo lo manchó: historia, recuerdos, monumentos y creencias. No, el pueblo no se arrebató ni conmueve, porque no encuentra ningun efecto moral, porque los horrores que se ofrecen á sus ojos se hallan en oposicion con nuestros sentimientos dulces, con nuestra civilizacion filantrópica y con la amenidad de nuestras costumbres: el que se estasia con esos cuadros repugnantes, el que goce viendo barajar las generaciones en medio de un albañal de pasiones viles, ha cometido un verdadero anacronismo: debió haber nacido en los tiempos de Pélope ó Neron. Al negar la facultad de arrebatarse ni conmover profundamente á esos dramas patibularios, no nos empeñaremos en concedérsela á todas las obras dramáticas pertenecientes á otra escuela, pero sí aseguraremos que solo les está concedida á aquellas composiciones que escritas bajo el influjo del buen gusto y de la moral presentan cuadros de virtud y de heroismo. Fijémonos, por ejemplo, en el drama *Guzman el Bueno*; ¿podrá decirse que pertenece al género de *Catalina Howard*? ciertamente que no, pues si bien es cierto que no ha sido escrito con sujecion á los preceptos Aristotélicos, reúne todas las dotes que constituyen un buen drama y toda la libertad de pensamiento que queremos y consideramos necesario para que el entendimiento sostenido por la razon pueda tender su hermoso vuelo. ¿Qué corazon no ha palpitado con *Guzman*? ¿qué ojos no han llorado con su angustiada esposa? ¿quién no se ha sentido estremecer al fatídico toque del clarín? ¿esas sensaciones despertadas con rasgos de heroismo ó de virtud las ha experimentado alguno con los crímenes de *Catalina Howard* ó de *Lucrecia Borgia*? ¿esas lágrimas que le ha arrancado la castellana matrona llorando al pie de la muralla teñida con la sangre de su hijo, se las ha hecho brotar alguna vez el envilecimiento de *Clotilde* abandonada ó la agonía de *Margarita de Borgoña* asesinada por su mismo hijo?

Desengáñese el apreciable articulista: solo pueden arrebatarse y conmover rasgos morales, virtuosos ó heroicos: los crímenes, los dislates de una imaginacion calenturienta sorprenden acaso la cabeza, pero no encuentran abrigo en el corazon.

Creemos haber demostrado no solo que *Catalina Howard* y otras obras semejantes no pueden arrebatarse ni conmover, sino que esos efectos solo puede producirlos una composicion dramática, escrita con sujecion á las reglas del buen gusto, de la moral y de la verosimilitud.

Insiste el comunicante en la calificacion que hizo del mérito de *Catalina Howard* y familia en la papeleta de anuncio, y si bien podríamos evitarnos el trabajo de rebatirlo de nuevo tanto porque creemos haberlo ya verificado victoriosamente, cuanto porque un papel de tal naturaleza no debia ocuparnos con tanta detencion, lo haremos, sin embargo, en obsequio á ese precioso tiempo que malgasta desgraciadamente en la defensa de una causa tan perdida. Dice el articulista que la *verdad*, el *talento* y el *genio* se encuentran en *Catalina Howard* y otras obras semejantes, y decimos nosotros que no hay verdad, que hay poco talento y que la vez que vemos aparecer una chispa de genio tenemos que lamentar la mala direccion que se le ha dado. Lo demostraremos, haciendo antes la salvedad de que al esplicarnos así no nos referimos á las cualidades morales de Víctor Hugo y Dumas, cuyo talento reconocemos y cuyo mérito envidiamos cuando los consideramos, no como padres del romanticismo, sino como poetas y romancistas.

¿Hay verdad en *Catalina Howard*? si se encuentra un solo lector que al leer esa pregunta conteste afirmativamente cedemos desde luego la victoria al autor de la papeleta; tal es la conviccion que abrigamos, de que ni aun la parte mas ignorante del vulgo prestaria su apoyo á la opinion que refutamos. La verdad debe existir en los hechos y en los caracte-

res, y ni en los unos ni en los otros existe en *Catalina Howard*. El carácter del duque de Dhieram es inconcebible: en la transicion del amor al odio, en ese momento terrible en que calla la razon y delira la mente, es fácil que el puñal hiera; pero si la reflexion acude, si se opera la reaccion, el puñal cae de la mano, la venganza se circunscribe á ciertos límites y jamás el que de veras amó la saborea de una manera tan lenta y horrorosa. Etelwod es un ser fisiológico, sin mas religion, sin mas moral, sin mas inteligencia que sus pasiones, y ese hombre no se encuentra en la escena del mundo porque su fria maldad es poética como los sueños de Hamlet y esa poesia es repugnante porque pinta á la naturaleza humana de peor condicion de lo que es en realidad. Etelwod es la personificacion del *Fata volentem ducunt, nolentem trahunt*, pero el público que lo contempla rechaza la creacion porque no cree en la ciega necesidad del destino. ¿Qué verdad hay en el *Carlos V del Hernani*? ¿quién reconoceria al rival y vencedor de Francisco I en aquel mozalvete? ¿Quién ha podido creer que existiese en Francia una princesa que arrojase sus amantes al rio desde la torre de Nesle? no es ciertamente la verdad en los caracteres lo que puede encontrarse en *Catalina Howard* y otras obras semejantes. La verdad en los hechos está á igual distancia de lo razonable: el filtro con que se afixian Etelwod y Catalina no solo es de un efecto inverosímil sino aun ridículo: la existencia del primero escondido por las alcobas de palacio y apareciendo por debajo de los tapices, ó parece un cuento para entretener á los niños ó supone que el duque se consolaba de la pérdida de su Catalina en la cámara de la infanta su protectora. De todos modos hay falta de verdad y sobra de ridiculéz. La confesion que por medio de sustituto hace Catalina en el último acto y la absolucion que por ella le concede el arzobispo, es la última pincelada de ese cuadro que el articulista califica de lleno de verdad, de talento y de genio. Para salirse fuera del campo de la naturalidad, para entregarse sin freno á las estravagancias del pensamiento, y sin respeto á nada humano ni divino soltar la rienda á una imaginacion enferma, no consideramos que se necesite gran dosis de talento ni de genio: pero si la imitacion de la naturaleza ha de servir de base para la creacion del poeta, si se han de bosquejar fielmente los hombres, las costumbres ó las épocas, es preciso que el entendimiento humano haga su último esfuerzo, porque la fogosidad de la invencion se temple y se aprisiona con la severa fidelidad de la historia, ó con las inmutables leyes de la naturaleza. Déjesele libertad en buen hora al pensamiento, pero no se destruyan todas las ideas de orden social, no se barren las creencias, no se desfigure la historia, no se mutilen los héroes, no se presente al hombre sin mas Dios ni mas guía que sus pasiones, porque ese romanticismo no puede ser la literatura de las naciones, ni fue nunca el de Skaspeare y Calderon. No puede haber belleza sin virtud, como dice nuestro profundo Lista, y toda obra que produce resultados perniciosos á la moral, es mala en literatura, y no la salvarán de esta justa sentencia ni la elegancia del estilo, ni la perfeccion misma de las combinaciones dramáticas.

De hipócritas califica el autor de la papeleta, á los que viendo retratados en la escena sus vicios, sus pasiones ó sus crímenes, declaman contra la inmoralidad en los espectáculos. Erróneas y lamentables son las ideas del articulista sobre el particular: los vicios y las pasiones de los hombres deben ponerse sobre la escena, pero para corregirlas, no para presentarlas con colores halagüenos, dando al pueblo una idea de crímenes, cuya existencia debiera ignorar. Que la virtud resplandezca con vivo colorido al lado del crimen, pero que no ocupe este el primer término, debiéndose solo á sus terribles efectos las sensaciones del auditorio. El público declama contra la inmoralidad de los espectáculos, es cierto, pero los que lo hacen, no lo verifican hipócritamente como dice el articulista, sino guiados por un instinto de pudor, y deseosos de que el sagrado velo que encubre ciertas debilidades humanas, jamás se descorra ante ojos inespertos y virginales, que beben un veneno tanto mas mortífero, cuanto que va servido con los perfidos atavíos de la poesia y la seduccion.

Una de las razones en que mas se apoya el autor de la papeleta, para justificar la sublime idea que tiene formada de *Catalina Howard* y familia, es que cuenta con los sufragios de la opinion, y que la sociedad acude en tropel al teatro, y torna otra vez y otra para admirarlas, y eso dice que es una verdad palpitante que es preciso ver, á menos que no se cierran los ojos. Confieso que estamos ciegos, y que no podemos persuadirnos del buen criterio del articulista que le sirva de

las injurias que el tiempo comenzaba á egecutar en la ancianidad de este edificio. Murió á XV de Abril del año MDCLVII.

Esta preciosa coleccion, que ningun otro podia apreciar mejor que el mismo ilustre donante, segun espresa en su referido testamento, se componia de sesenta y un cuadros todos apreciabilisimos, no solo por ser originales y por su mérito y rareza, si que por la clase á que correspondian la mayor parte, como diremos en el número próximo.— J. M. Z.

ESPERANDO LA DEL CIELO.

TRADICION POPULAR.

Se habia apenas conquistado la ilustre ciudad de Granada del poder de los árabes, y la Alhambra acababa de ser habitada por los inmediatos sucesores de su primer gobernador cristiano el capitan D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla. Oscurecidos por el Abacin, el Zacatin y la Alcazaba los restos de los antiguos dominadores, habian sido reemplazados por los caballeros de la brillante corte de Fernando é Isabel la Católica, cuyos nombres forman distinguidos episodios en el gran panorama de nuestra historia nacional. El áspero rumor de los combates habia sucedido á las zambras y festines de la Alhambra y á los torneos y justas de la célebre plaza de Bib-Rambla. Mas severos en sus costumbres los nuevos señores de Granada eran todavía los últimos paladines que acababan de hundir los despojos de la edad media; bien que todavía podian repetir la principal máxima de la profesion de las armas entre los antiguos caballeros:

«Mucho ruido en el campo y grande alegría en la posada.»

Restos de nuestra pasada caballería, entre cuyos altivos y nobles paladines se repetia con frecuencia: «Si tú poseyeras tanto como el rey Alejandro, tuvieras tanto entendimiento como el sábio Salomon, tanta caballería como el valiente Héctor de Troya; con que solo reinasen en ti el orgullo y la soberbia, todo lo destruirian.» Ahora solo nos quedan algunos apellidos, muchos escudos de armas, mohosas armaduras, muchos templos góticos, sepulcros vacíos y destrozados cricones, que pocos entienden, que estudian pocos y que ninguno puede imitar.

Cuenta, pues, la tradicion popular, porque entre el pueblo suelen conservarse cosas muy serias, que algunos años despues de la conquista de Granada, cuyo aniversario se celebra aun desde el día 2 de Enero de 1492, dia en que se permite á todo vecino tocar la histórica y misteriosa campana de la Vela, costumbre que respetamos en extremo, se hallaba establecido en la insigne ciudad del Genil un ilustre caballero, que de sus jornadas conservaba el cinturon militar, y de sus amores una hija suave como el canto de un ángel y virtuosa como el suspiro del justo. Diz que su padre, magnate opulento, que habia conquistado de moros ricos despojos, y logrado de los muy altos señores reyes de Castilla abundantes mercedes en premio de sus loables y bien ponderados servicios, conservaba multitud de pages que á la sombra de su noble señor tomaban las primeras lecciones acerca de la fe que se debia guardar á Dios y de la fidelidad á las damas. Uno de estos pages, tan gentil como valiente, y tan valiente como enamorado y buen decidor, vió á la hija de su señor, y concibió por ella una de esas pasiones que cuanto mas ocultas mas mortales heridas causan en el alma. Suspiraba en silencio, porque sentia mucho, y suspiraba con razon, porque habia osado parar sus mientes y poner los ojos en dama de tanta prez.

La casa de su señor da vista á las floridas y poéticas

faldas de la fortaleza de la Alhambra, y atraviesa por medio el famoso Darro, cuyas aguas son tan agradables como suave y grata es la brisa que se mece por sus encantadoras riberas al deslizarse entre el Sacromonte y la celebrada fuente del Avellano. Sentado el page á la otra parte del rio, en-



tonaba sus trobas, y dirigia mil suspiros á la señora de sus pensamientos, sin tener mas consuelo que el que presta á un corazon triste la armonia de las aguas, el murmullo del céfiro y sobre todo la esperanza. Pensativo asaz andaba el page, y solo él era el melancólico, cuando «en la sala, en el cuarto y en la corte, como dice Froissard, se veian caballeros y escuderos de honor hablando alegres de armas y de amores.» Debiólo advertir la noble hija del caballero; pero, ó tenia demasiado orgullo para fijar su corazon en los apasionados extremos del humilde page, ó su pasion tenia ya por objeto una region de mas brillantéz y encanto. Tal andaba el page que su señor se apercibió de lo que pasaba en su alma, y no faltó una dueña de luengo mongil que le dijese alguna cosa secreta acerca de las locas y atrevidas pretensiones del poco comedido pagecillo.

Tan estraña osadía irritó al magnífico caballero, y llamando súbito al page, le dijo cuán mal sentaba á su humilde y llana condicion, atreverse á poner los ojos en dama tan alta que podia competir en hidalguía con las mas nobles princesas. Aterrado el page, como el soldado que por primera vez oye cerca de sí el choque de un combate, podia apenas responder á su señor, cuyo semblante, alterado por la indignacion, despedia chispas de fuego. — Pues tan mal criado salisteis, concluyó el caballero, obligaros he á arrepentiros de vuestra demasia. Serás aforcado esta noche. — Sentia el page la cólera de su señor, pero no lloraba su suerte, si ésta llamaba al menos la atencion de la señora. No hubo lugar para apiciguar al irritado caballero, y en seguida encerrado fue en un cuarto oscuro, como el vestibulo del infierno. Esperaba el bueno del page que la hija de su señor iria á verle; y la dama fue á verle. Pero no la movia pasion de amor; tenia curiosidad de hablar al jóven cautivo, aunque es cierto que le compadecia. Mas ¡cuál fue la estrañeza del page cuando la dama no le contestó al requi-

riria de amores! Entonces, volviendo á quedar solo, maldijo su desventura, y la hora en que fue nacido, y mesábase su hermosa cabellera, acordándose tambien de su vieja madre. Llegó por fin la hora, y un hombre desconocido, acompañado de dos ballesteros, mandó que le siguiera hasta do le esperaba su señor. Allí, puesto de hinojos, suplicó por las ánimas benditas, por el honor de la noble familia á quien servia y por la gloria del muy alto y muy poderoso rey Don Fernando, y por la muy cristiana reina Doña Isabel que le perdonara; pero todo fue en vano: porque Dios habia en aquel momento cerrado á la piedad el corazon del caballero, y volvió á mandar que se cumpliese su orden. Habia en la estancia, donde esto sucedia, un balcon tan pequeño que podia con dificultad contener recogido un hombre, y de este balcon debia ser colgado el page. Acercáronle allí, y el señor llegó tambien en pos, torva la faz y fosca la mirada. Entonces volvió á rogar el page, y se arrodilló á sus pies y los besó, y los regó con su llanto, pidiéndole que le oyera en buena razon y justicia: —Sin ella morirás, exclamó el caballero haciendo una seña para que le ciñesen el cordon que debia matarle. —¡Por piedad, mi señor, que soy inocente; pues mi lengua no osó antes hablar de amores á vuestra hermosa hija! ¡Hacedme justicia! repetia el page. Pero mas enardecido el caballero por sus mismas lágrimas, gritó: ¡muere sin esperarla de mí! —Pues bien, respondió el jóven ya suspendido en el aire por las robustas manos del verdugo, ¡moriré esperando la del cielo! Y el page cayó; su cuerpo sufrió una agitada oscilacion, una convulsion horrorosa le hizo estremecer, pararon las ondulaciones de la cuerda, el cuerpo quedó inmóvil, y cuando el caballero hizo sacar al balcon una antorcha para ver si habia fallecido su page, distinguió que los ojos, opacos y fijos del jóven, le miraban como si le amenazasen. El caballero dió un grito terrible, y el eco lo repitió en la otra ribera del Darro.

El caballero se arrepintió, aunque tarde: fundó sufragios por el reposo del alma del page, y mandó colocar en la pared, sobre el mismo balcon, esta inscripcion que nosotros hemos leído:

Esperando la del cielo.

V. Boix.

LAS FLOTANTES.

En el último tercio del reinado del señor Carlos III habia llegado España á un grado de fuerza mas sólida quizás y compacta que la que alcanzara en los tiempos brillantes de Carlos I de Austria y de su hijo Felipe el Prudente: porque este poderío estaba fundado en el amor de los pueblos á su buen rey, como se apellidaba generalmente á este nuevo Enrique IV; soñaban en él, así como el monarca en cambio se desvelaba por labrar su felicidad, y he aquí el gran secreto por cuyo medio los vasallos todos de su vasto imperio, en cuyos reinos jamás se ponía el sol, vivían en la felicidad y la abundancia, y el nombre de Carlos era respetado doquiera por sus poderosos ejércitos y armadas; pues aunque España no sea una potencia esencialmente marítima, la grande estension de sus costas y la necesidad de atender á la conservacion de sus posesiones de ultramar habia hecho conocer al gobierno la precision de formar una marina respetable; así que desde la época de la paz de 1748, el esclarecido ministro, marqués de la Ensenada (1), habia dado el impulso y creado, por decirlo así, los tres magníficos arsenales que hay en la península; y si bien con su caída quedó desatendido por algun tiempo este ramo, por la influencia

que D. Ricardo Wall, adicto enteramente al gabinete de Lóndres, egercia sobre el débil Arriaga, le vemos recobrar toda su importancia en el ministerio de su ilustrado sucesor el conde Gonzalez Castejon; fue esto en el quinquenio de 1775 á 79, época desgraciadamente memorable para la Gran-Bretaña, pues que con ella perdió sus colonias de Norte-América, lo cual promovió en Europa una conflagracion casi universal á consecuencia del apoyo que en el rey cristianísimo Luis XVI hallaron los anglo-americanos. El pacto de familia dió ocasion á la Inglaterra para suponer que el rey católico no habia observado una completa neutralidad; especioso pretexto para apoderarse por sorpresa de las cajas de depósito españolas en ambas Américas, y resarcir las innumerables pérdidas que les ocasionaba aquella desastrosa guerra; un verdadero frenesí se habia apoderado de los habitantes del Reino-Unido, como dice el abate Denina: fueron hollados todos los tratados de nuestra corte con la suya; invadidas nuestras colonias, y fomentada una insurreccion desde la Luisiana hasta el Paraguay: La corte de Madrid no pudo tolerar tantos insultos, y el marqués de Almodóvar, nuestro embajador en Lóndres, declaró rotas todas las relaciones en un manifiesto que hace honor á nuestros diplomáticos, al propio tiempo que D. Bernardo Galvez, D. Roberto Rivas, gobernadores de la Luisiana y de Yucatan, y el gefe de escuadra D. José de Solano, no solo salvaron aquellos dominios, si que espulsaron á los ingleses de casi todos sus antiguos establecimientos en el seno megicano.

Pero el objeto de Carlos III al arrojar el guante no estaba circunscrito á una reciprocidad de descalabros, la mira que se habia propuesto era verdaderamente de suma importancia, pues se proponia despojar á la Inglaterra de los dos padrastrós que la guerra de sucesion habia dejado á España; el uno en el puerto de Mahon, en la isla de Menorca, y el otro en la fortaleza de Gibraltar, en la península: no es nuestro objeto el hablar del sitio y rendicion de aquella plaza, así que solo diremos que despues de una obstinada resistencia por espacio de mas de ocho meses la rindió su gobernador lord Murray á nuestro general el duque de Crillon el 4 de Febrero de 1782 (2); con lo cual las tropas de su mando, y la escuadra del de D. Ventura Moreno pudieron pasar al bloqueo de Gibraltar que duraba ya casi dos años y medio.

El nombre de Gibraltar se estiende al monte, á la poblacion que se halla en su falda y al estrecho que divide el Africa de España: el monte es un enorme peñasco sin comunicacion con otro alguno que se levanta de N. á S. en la confluencia de los dos mares; tiene de largo desde la punta de Europa ó del Leon hasta el istmo que le une con el continente poco mas de tres cuartos de legua ó sea cinco mil ciento treinta varas de Burgos, de ancho mil quinientas y de elevacion, perpendicular sobre el nivel de las aguas en su cumbre mas alta que es la que mira al campo de san Roque, quinientas diez, de modo que su ámbito se calcula en dos leguas de seis mil seiscientos cuarenta varas cada una, y á todo este espacio se puede dar vuelta por mar, á escepcion de la pequeña lengua de arena del istmo. Esta enorme masa de rocas, escarpada y casi perpendicular principalmente al E., al S. y al O., permite atracar los buques de gran porte hasta la misma orilla erizada de baterías en los puntos en que no ha sido posible cortar la peña, y hasta el interior de la montaña está taladrado en gran parte, y formando bóvedas capaces de contener toda la guarnicion, presenta en algunos puntos el imponente aspecto de las portas ó batería de un buque: tal era la plaza de cuya conquista se trataba:

(2) De este modo volvió Menorca al dominio español, de que habia estado segregada sesenta y cuatro años, y su posesion nos quedó asegurada en virtud del tratado de Versalles de 20 de Enero de 1783 en que intervino por nuestra parte el célebre conde de Aranda.

(1) Véase su biografía en el número 18 de la primera serie de este semanario.

bloqueada por las armadas combinadas de España y Francia á las órdenes de los gefes de escuadra D. Antonio Barceló en el Mediterráneo y D. Juan de Laugara en el Océano que interceptaban todos los socorros, y sitiada por tierra al mismo tiempo con un ejército numeroso al mando del teniente general D. Martin Alvarez de Sotomayor, se la estrechó en tales términos que su animoso gobernador sir J. Elliot estuvo á punto de rendirla. En tales circunstancias los temporales mas embravecidos y los furiosos corrientes del estrecho obligaron al intrépido Barceló á guarecerse en los puertos de Ceuta, Cádiz y demás marcados para la estacion, á fin de no perder la escuadra; sin embargo, esta fue la época que cabalmente escogió el almirante inglés Rodney para egecutar la empresa de socorrer á los sitiados; desplegó sus velas atrevidamente y entró en Gibraltar con un convoy de ciento y ocho transportes con víveres, tropas y pertrechos á fines de Enero de 1782. Abastecida la plaza destacó Rodney algunos de ellos para hacer otro tanto con la de Mahon, pero llegaron tarde, y cayeron en manos del duque de Crillon á quien se habia rendido el 4 de Febrero, como hemos dicho arriba.

Estos antecedentes motivaron el que se encargase la continuacion del bloqueo al conquistador de Menorca, porque se creyó que infundiria mayor confianza en las tropas por aquel feliz suceso: se adelantaron las trincheras, aumentaron las baterías vomitando diariamente un fuego casi infernal, como dice Beccattini, y las cañoneras, invencion del gefe Barceló, llegaban á batirse todos los dias bajo los fuertes enemigos; pero todo inútilmente porque aquellas fortificaciones, inaccesibles por la naturaleza é insuperables por el difícil acceso, apenas padecian lesion alguna (1).

A***

Corrompida muger que vil y astuta
Te elevaste del polvo de una orgía
Mintiendo puro amor,
Tus megillas de víbora manchadas
Por el inmundo y palpitante beso
Devuelto sin rubor;
Sirena vil que en deleznable escoria
Yacías entre el polvo aletargada
Sin conciencia y sin fe,
¿Quién te sacó de allí para arrojarte
En la senda de flores que pisaba
Mi vacilante pie?
¡Muger aparta!... En tu agostado labio
La mancha veo de cien besos lúbricos
Que hollaron su frescor....
¿Qué réprobo, muger, te alzó del polvo
Envuelta en la hediondez de infame crápula
Para mentirme amor?...
Yo te creí que en sueños juveniles
Sus balsámicas brisas estrellaban
Sobre mi casta sien,
¡Yo te creí que en mi desierta vida
La muger era el ángel que aguardaba
Para adornar mi eden!
Loco, niño, audáz, amante, idólatra,
A tus plantas caí; tu risa impúdica
Me oprimió el corazon,
Y al levantarme noble y arrogante,
Como á mis plantas no besaste el polvo
Balbuceando: ¡perdon!

(1) La conclusion en otro número.

La palidez manchaste de mi frente
Cuando al contacto de tu labio impúdico

Mi ser se estremeció,

Y albergaba tu faz risa sarcástica

Cuando del polvo en que humillaste al niño

El hombre se elevó....

¡Muger, muger, si errante por el mundo,

Te encuentras con aquel á quien mentiste

Tan villana pasion,

No vuelvas hácia mí tu rostro lúbrico

Que yo á tu rostro escupiré con ira

Mi osada maldicion!

¡Oh! cuando no haya piedras en el mundo,

Yo la columna de mis dulces sueños

Desmoronar sabré,

Y.... muger, al igual del que es Dios hombre,

Yo la primera para dar egemplo

A tu faz lanzaré.

Victor Balaguer.

Con gusto vemos las mejoras notables que se han hecho en esta capital de pocos años á esta parte; y celebramos esta oportunidad para unir nuestros votos á los del público, que las ha recibido con el entusiasmo que aquellas se merecen. Tres novedades ocupan en el dia la atencion de Valencia; las aguas potables, el camino de hierro de esta capital á Madrid, y el establecimiento de los coches fúnebres para la conduccion de los cadáveres. De todas nos ocuparemos nosotros tambien, consagrandó á cada una de estas mejoras nuestras consideraciones, á fin de hacerlas apreciar en su justo valor. Desde luego podemos, sin embargo, manifestar nuestra complacencia, al ver que por fin Valencia, que en otros tiempos y casi siempre, ha brillado por su civilizacion y su cultura, adquiera esas mejoras, dignas de tan ilustrada y populosa capital. Tiempo era de que se adornasen nuestras plazas públicas y nuestros paseos con varias fuentes, proporcionando de este modo aguas algo mejores que las de los pozos, y sirviendo á la par de embellecimiento á la hermosa ciudad del Turia. El camino de hierro es una obra de tanta importancia para nosotros, que lo mismo que la anterior merecen fijar particularmente la atencion del *Fenix*. Igualmente nos complacemos en tributar nuestros elogios á los que han puesto en egecucion el proyecto de los coches fúnebres, cuyos detalles obran asimismo en nuestro poder.

¡Loor eterno á nuestra bella capital, donde dentro de poco se verá un movimiento mas animado en su industria y en su comercio, como nosotros deseamos vivamente!

REVISTA TEATRAL.

La segunda dama duende.—Norma.—D. Juan Tenorio.—*La Mariscal de Ancre.*—*La Sonámbula.*

Aun no hace muchos dias que nos ocupamos de la *segunda dama duende*, linda comedia que egecutan bastante bien todos los actores. En el mismo caso se halla *D. Juan Tenorio*.

La Norma ha vuelto á ponerse en escena; y la señora Villó ha estado siempre inspirada y arrancando numerosos aplausos del público en la preciosa cavatina la *Casta diva*, que egecuta con sorprendente facilidad. El señor Gomez canta bien esta ópera y contribuye eficazmente al buen éxito que siempre obtiene. La señora Scannavino y el señor Santarelli desempeñan sus partes bastante bien.

La Mariscal de Ancre. Este drama, debido á la pluma

del conde Alfredo de Vigni, obtuvo en París hace algunos años un éxito completo en sus primeras representaciones menos por su mérito literario, que por la pompa, lujo y aparato que su argumento requiere y con que se puso en escena en aquella capital. Diferente era el gusto del público en aquella época, que aficionado á las extravagancias del romanticismo; buscaba no tanto el mérito de las composiciones dramáticas; como el movimiento escénico y la variedad de los incidentes; midiendo las mas veces el talento del autor por el mayor ó menor de cuadros en que dividia su obra. Pasó aquella época en Francia, y murió la *Mariscala* para la escena de aquel pais; pasó tambien aquella época para España, y como ha querido resucitar en la nuestra ha vuelto á encontrar el mismo trágico fin. El drama que nos ocupa patentiza en muchas escenas, y aun en su misma concepcion el no comun talento con que se distingue su autor en la capital del vecino reino por sus obras literarias: pero tambien abunda en defectos imperdonables, en una languidez suma, en poca consecuencia en varios caracteres y en un desenlace verdaderamente repugnante, puesto que nada puede haber mas horrible que aquella madre obligando á su hijo á jurar sobre el cadáver del autor de sus dias que se vengará de su enemigo. Esto en los momentos en que la *Mariscala* camina al suplicio, momento supremo en que las pasiones callan y el alma se eleva á Dios, siempre hace mal efecto sobre la escena, por mas que pueda ser cierto y aun comun.

La traduccion es correcta, y nos consta que su jóven autor ha querido la representacion de este drama, menos porque se hallase acorde con sus convicciones literarias, que por razones y circunstancias particulares: y esto lo confirma el que hace tres años que existe traducido en su poder. El público aplaudió en alguna ocasion y manifestó su desaprobacion en otras, y peor hubiera sido el éxito de la *Mariscala*, si el traductor, que ya lo vaticinaba, no le hubiera suprimido multitud de incidentes y diálogos. La egecucion fue esmerada, conociéndose en todos los actores un particular deseo de llevar la nave á seguro puerto.

La Sonámbula: flor delicada del inmortal Bellini: sus cantos llegan al corazon; sus armonías conmueven y arrebatan, y siempre es nueva, siempre produce el mismo efecto. La señora Brambila desempeñó la parte de *Amina*, é indudablemente es la que le hemos oido cantar con mas gusto, espresion y facilidad. En la linda cavatina del primer acto:

Come per me sereno

Oggi rinacque il di!

estuvo felicísima, dándole toda la ternura y sentimiento que requiere la situacion, y arrancando del auditorio repetidos bravos y aplausos. En el rondó final no estuvo menos afortunada, cantando con una verdadera alma de artista el

Ah! non giunge uman pensiero

Al contento ond' io son piena:

La señora Brambila debe estar satisfecha, pues el público quedó complacido, á pesar de los recuerdos que conserva en esta ópera de otra célebre cantante.

Sentimos no poder estender nuestro elogio al señor Gomez, que desempeñaba la parte de *Elvino*, y á la que no dió todo el sentimiento y la fuerza que requiere. Los demás que tomaron parte, regularmente. La orquesta muy bien; pero sin embargo, creemos que tanto ésta como los cantantes, llevaron con demasiada velocidad y entonacion el coro del primer acto *A fosco cielo, á notte bruna*, y el aria de tenor del segundo acto *Pasci il guardo, é appaga l' alma*. Tambien es sensible que se haya suprimido el magnífico duo de tenor y tiple del primer acto

Son geloso del cefiro errante

Che ti scherza col crine col velo.

El éxito de la ópera fue bueno, y el público aplaudió al final de ella.

La Mosca.

BIBLIOGRAFÍA.

HISTORIA DE LA CIUDAD Y REINO DE VALENCIA.

El miércoles 12 del corriente se repartirá á los señores suscritores la entrega 12 de esta interesante obra.

Sigue abierta la suscripcion en la imprenta de Monfort y librería de Casiano Mariana.

SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID.

VOLTAIRE.

Novelas escogidas de este autor, traducidas por EL DONCEL.

EL MAGNETIZADOR.

Novela escrita en francés por Federico Soulié y traducida al español por El Doncel.

Se suscribe, tanto á la una como á la otra, por tomos encuadernados á 5 rs. en Valencia, franco de porte, adelantando siempre el importe de uno, en la imprenta de Juan Bautista Gimeno y librería de Casiano Mariana.

A los que se suscriban inmediatamente se les dará el retrato de los autores; el de Voltaire al concluir la obra y el de Federico Soulié al cuarto tomo del Magnetizador.

Director literario: D. Rafael de Carvajal.

MIL Y UNA NOVELAS. Cada entrega de 64 páginas UN real para los señores suscritores y DOS para los que no lo son.

Valencia: Imprenta de D. Benito Monfort, plaza del Temple.

Biblioteca Nacional de España

